

ANÁLISIS DE COYUNTURA SOCIOPOLÍTICA

María Lis Rodríguez

El 2003 fue un tiempo de cambios o mejor, de recambios, porque no hubo alternancia en el poder. También se caracterizó por el hartazgo hacia la inoperancia de González Macchi; una espera tensa frente a los comicios generales, a los que sobrevienen muchas expectativas que se van diluyendo a medida que finaliza el año. El presidente electo, prometió todo, pero con sus palabras y su actuar, envía a la ciudadanía señales contradictorias, como al parecer, es su propia personalidad.

Caracterización del año: los tres momentos

El año tuvo tres grandes tiempos políticos, todos ellos con actores en disputa. Durante el primero, el del “hartazgo”, se vivía una crisis profunda de liderazgo. Esta carencia desaparece con las pugnas de las campañas presidenciales, que presentan líderes prácticamente para todos los gustos. Luego de la elección se presenta un largo periodo de parálisis, Nicanor ya nombraba personas para el gabinete, pero aún no gobernaba. Este angustioso alargue culmina el 15 de agosto, dando lugar a un periodo de expectativas, pero también a otro tipo de confrontaciones. No se trata ya de la disputa eleccionaria, ni de la “pulseada” entre un presidente que viene y el que se va, sino de una lucha entre los tres poderes del Estado. Dos de ellos —el Ejecutivo y el Legislativo— se unen contra el Judicial.

“Mano dura”

Tal fue la promesa electoral de Nicanor Duarte Frutos, cuyo triunfo dio continuidad en el poder a la Asociación Nacional Republicana (ANR). La apelación entró en sintonía con la cultura autoritaria fuertemente arraigada en la mente de las y los paraguayos, pero en concordancia con la imagen de hombre nuevo que “vendía” el candidato colorado, un eficaz trabajo de marketing político transformó la mano “dura” en “firme”. A esta promesa se agregó otra: la lucha frontal contra la corrupción. Con ello, Nicanor se diferenció de González Macchi y de sus otros antecesores, que de “correligionarios” —en las internas— pasaron a formar parte de “los incapaces gobiernos anteriores”. No asumir la responsabilidad del pasado ha sido una constante en las campañas políticas de la ANR

desde el inicio de la transición, así como la capacidad de mutar y ser oficialismo y oposición al mismo tiempo. El resultado ha sido una ininterrumpida victoria, aunque numéricamente van perdiendo votos desde la caída del dictador.

Los “impresentables”

La figura fuerte de Nicanor posibilitó la victoria de la ANR en el Ejecutivo, pero no ocurrió lo mismo en el Poder Legislativo, ya que obtuvo el 32,93% de los votos para senadores. Una de las causas de esto pudo ser la mala selección de candidaturas. La lista fue fruto de negociaciones internas y cada grupo exigió su cuota sin pensar en la idoneidad de quienes proponía. El resultado fue una nómina de “impresentables” que, con una mentirosa pero eficaz estrategia, se ocultaron tras la figura de Evanhy Gallegos, cuya imagen se sustentaba no en la política, sino en una reconocida trayectoria periodística. La candidata número 21, sin posibilidad de ingresar a la Cámara Alta, se convirtió —mediante una hábil propaganda— en la “cara” de la campaña de la ANR para el Legislativo. Sin embargo, la comunicación no puede hacer milagros y el Parlamento quedó conformado con mayoría opositora. De las 45 bancas en la Cámara Alta, Nicanor obtuvo 16 y en Diputados, de 80 curules, logró 37.

PLRA conquista cotos ajenos

La campaña presidencial del Partido Liberal Radical Auténtico (PLRA) tuvo desaciertos. Al igual que los otros partidos de oposición, los azules no encontraron la forma de quebrar el discurso oficialista para que los electores relacionen a la ANR con los crímenes y el saqueo al Estado practicado por los gobiernos colorados desde 1947.

Esta incapacidad de la oposición no se agota en errores meramente comunicacionales. Tiene varias vertientes, como las relacionadas con la cultura y la práctica política, cuyas derivaciones requieren un estudio específico que dejamos pendiente. El análisis de la campaña del PLRA se dificulta por la carencia de información, en especial sobre cómo se desarrolló en el interior, donde existieron estrategias exitosas, fuera de los grandes medios de comunicación y posiblemente cerca de la ciudadanía. El PLRA mantuvo el poder en el departamento Central y en Concepción; ganó en Caaguazú, tradicional e importante coto del Partido Colorado, al igual que el Alto Paraná, donde los votos también los favorecieron¹. Podríamos aventurar que la lealtad partidaria se rompe cuando el candidato vive en la comunidad y está cerca de los problemas de la gente.

El tercer espacio

Una de las sorpresas en los comicios fue el resultado de los partidarios del general Lino César Oviedo. Sus partidarios se desprendieron de la ANR y formaron el movimiento Unión Nacional de Colorados Éticos (UNACE), que obtuvo con el 13,49% de los votos la misma cantidad de senadores y diputados que el movimiento Patria Querida (PQ) —inaugurado en los comicios—, que obtuvo el 15,2%. El surgimiento de PQ coincide con la casi desaparición del Partido Encuentro Nacional (PEN, obtuvo el 0,57%) que pagó un alto costo por haber permanecido, hasta el final, en el gobierno de González Macchi. El tercer espacio pasó a ser compartido por UNACE, PQ y dos partidos muy pequeños: País

¹ También obtuvo la gobernación de Amambay.

Solidario y PEN. La izquierda, constituida por pequeños partidos, no obtuvo representantes en la estructura de poder, posiblemente debido a que se piensa y actúa en forma marginal.

En cuanto al sistema electoral en sí, algunos sectores ciudadanos criticaron, una vez más, la existencia de listas cerradas y bloqueadas, que atentan contra la libre elección. Las urnas electrónicas fueron la novedad en los comicios y colaboraron con la transparencia del proceso.

Tenemos un presidente

El hecho de que haya un gobernante que gobierne no es garantía de que lo haga bien. Pero indiscutiblemente desde el general Andrés Rodríguez no se tuvo uno que ejerza un fuerte liderazgo como lo hace Duarte Frutos. Su voluntad de conducir al país se ha traducido en algunas acciones que pueden considerarse exitosas, como el incremento de las recaudaciones y el haber mejorado el concepto que la comunidad internacional tenía sobre Paraguay. A su vez, él mismo vende una imagen interesante, ubicándose entre los progresistas, como Lula o Kirchner, aunque no se asemeje ni a uno ni otro. Se reconoce que es un hábil comunicador, con capacidad de desarrollar el discurso que este o aquel auditorio desea escuchar. El problema radica en que, ya lograda la presidencia, continúa en campaña, prometiendo, y la ciudadanía empieza a impacientarse porque quiere acciones ya. Un gesto importante e innovador es que su discurso incorpora el tema de la pobreza. Sus antecesores hablaban de desarrollo sin nombrar la carencia económica que hoy día afecta a casi dos millones de personas.

¿Qué intereses representa? Más allá del buen manejo de su propia imagen, los cambios producidos por el presidente arrojan dudas ¿Cuál es el verdadero Nicanor? Pareciera que, como la Santísima Trinidad, el presidente es “tres en uno”: el “paíno” Nicanor, el Nicanor estadista y el Nicanor integrista.

“**Paíno**”: la clientela más básica se forma con parientes de sangre y emparentamientos por vía del padrazgo. Al pasar ese sistema a la institucionalidad política se convierte en clientelismo, signo que ha marcado el manejo del Estado de los últimos 57 años por un solo partido: la ANR, del cual Duarte Frutos fue presidente.

El paíno Nicanor representa esta vieja práctica. Escogió a una parte de sus colaboradores y colaboradoras con criterios de la más tradicional política clientelista. Antes de cumplir los 100 días de gobierno, algunos fueron acusados o relacionados con hechos de corrupción. Nicanor los destituyó o los “renunció”, pero, fiel al amiguismo, no los juzgó. El Paraguay de instituciones pobres que son fuente de trabajo para la clientela y de altos funcionarios enriquecidos con el uso del poder político tiene dificultades de funcionar en la globalización. Muchos de los conflictos con los países limítrofes, socios en el Mercosur, tienen su causa en la falta de seguridad jurídica. Sin embargo, una parte de las señales dan la impresión de que Nicanor trata de mantener la ilegalidad como forma de funcionamiento del poder real en el país.

Estadista: Nicanor Duarte Frutos es el primer presidente —desde la apertura política de 1989— que no formó parte del entorno stronista. Antes bien, fue parte del seifarismo, opuesto a Stroessner desde 1984. Fue un destacado periodista y un ministro de Educación comprometido con la reforma educativa. Su discurso, en términos generales, es el

de un estadista. Sus señales han ido más allá de las palabras. Nombró a buenos profesionales para el equipo de transición —lástima que no pensó en muchas mujeres calificadas— presidido por el actual ministro de Hacienda, el doctor en economía por la Universidad de Amherst Dionisio Borda, intelectual de izquierda, sin adhesión a ningún partido político. Tiene muchas ideas para reactivar la economía paraguaya. El nombramiento de un intelectual independiente significa una ruptura en la tradición paraguaya. Hasta ahora, si los presidentes nombraban a un ministro no colorado (porque nunca nombraron a una ministra no colorada) lo hacían dentro de un paquete de negociación de cargos a cambio de respaldo político. A eso se suma el nombramiento de Leila Rachid, ministra de Relaciones Exteriores. Es una especialista en el tema: conoce el proceso del Mercosur, el conflicto en Medio Oriente y tiene gran sensibilidad hacia los derechos humanos. Blanca Ovelar sigue al frente de la cartera de Educación y Cultura. Su idoneidad ha quedado demostrada durante el gobierno anterior. A ello se suman asesores de la talla del sociólogo Domingo Rivarola. El Nicanor estadista es un hombre de la modernidad, de la legalidad. A ese Nicanor apuesta la comunidad internacional y es el que mostró legitimidad y poder de convocatoria internacional cuando asumió sus funciones.

Integrista: desde 1992 Paraguay es un país laico, cualquiera de sus habitantes tiene derecho a ser agnóstico, ateo o profesar la religión que crea conveniente. Por tal motivo, llama la atención que Nicanor se ponga incómodo cuando se le pregunta a qué religión pertenece. Su esposa sí responde: desde hace siete años pertenece a la Iglesia Raíces, vinculada a los mennonitas, comunidad anabaptista. Nicanor asiste a los cultos de esta iglesia, pero públicamente evita aclarar si pertenece o no al culto. Y precisamente el ocultamiento preocupa, pues en torno a él se tejen historias alarmantes, como la que asegura que Nicanor estaría priorizando la religión a la Constitución Nacional, y uno de los principales criterios para elegir colaboradores y colaboradoras sería que pertenezcan a la Iglesia Raíces. Lo que sí resultaría temible es que el presidente dispusiera que instituciones públicas, cuya función es dar cumplimiento a artículos constitucionales, pasen a depender del despacho de la Primera Dama. Ese podría ser el destino de instituciones claves para un país incluyente, como la Secretaría de la Mujer, la Secretaría de la Niñez y la Adolescencia y hasta la Secretaría de Acción Social. Si el despacho de la Primera Dama se dedica a hacer caridad, puede ser útil, pero no tiene derecho a disponer de fondos públicos y subordinar a reparticiones oficiales. Quizá por lo desconocido, quizá porque estamos viviendo un tiempo de renacimiento, de integrismos —con el Corán y la Biblia en la mano—, este tercer Nicanor sea muy preocupante.

¿Quién triunfará? El *paíno* le gana al estadista porque éste no puede llevar adelante sus planes si se mantienen los vínculos de la política con la ilegalidad organizada, manejándose de forma clientelista y patrimonialista, pero pierde con el integrista que se rige por principios religiosos con mandamientos como “no matarás y no robarás”. El integrista a su vez pierde con el estadista porque la modernidad se rige por normas que la sociedad y sus representantes deciden, y no por lo dispuesto en libros sagrados inmutables. De los tres Nicanores, esperamos que gane o que crezca el estadista, en detrimento del *paíno* y del integrista².

² Versión resumida y libre del artículo publicado en el Informativo Mujer del Centro de Documentación y Estudios (CDE), Asunción, mayo-junio de 2003

Necesarios consensos

Resulta claro que la administración de Duarte Frutos sola no podrá llevar adelante las reformas necesarias. La ciudadanía espera mucho; su partido y las mafias organizadas, poco, pues no les conviene el cambio. El presidente entiende que necesita superar la crisis política y la económica mediante acuerdos amplios. Por tal motivo, se ve obligado a buscar alianzas y pactos políticos con la oposición y sectores del poder económico. Nicanor habla con todos. Es necesario ganar legitimidad y consensos, sobre todo frente a su partido, sumido en una crisis interna profunda que probablemente será superada, aunque no sabemos cuál será el costo. La oposición y los sectores de gremios empresariales acompañan y apoyan la iniciativa presidencial. La sociedad civil está de espectadora, y en algunos casos muestra un excesivo recelo, especialmente las organizaciones sindicales y campesinas, pues sus integrantes no ven indicadores claros de que Nicanor vaya a cumplir sus promesas electorales. En cuanto a conflictos sociales, exceptuando la huelga de docentes, no han ocurrido hechos de gran relevancia.

Renovación de la justicia

A poco tiempo de asumir, Nicanor capitaliza el descontento ciudadano hacia la administración de la justicia y promete “pulverizar la Corte Suprema”. Convoca a las directivas de los partidos políticos y logra conformar una alianza entre los poderes Ejecutivo y Legislativo contra el Judicial, una forma de acuerdo que no es nueva, pues en 1999 la unión del Poder Judicial con el Legislativo expulsó al ingeniero Raúl Cubas del Poder Ejecutivo. Es un nuevo pacto desde arriba y usa una forma muy desprolija. Previo al juicio político, no se ha ofrecido argumentación consistente que demuestre que la remoción de los altos magistrados contribuirá con el mejoramiento de la justicia paraguaya. Tampoco se nominaron a posibles reemplazantes. La solvencia y ética de las personas es un componente fundamental cuando las instituciones son débiles porque garantizan la transparencia. Y la institucionalidad paraguaya sigue adoleciendo de una gran fragilidad.

Nicanor instaló el tema de la Corte Suprema en su agenda dentro del capítulo de lucha contra la corrupción y el proceso se lleva a cabo a su medida. Los representantes de los partidos de oposición que tenían sus proyectos de transformación integral del Poder Judicial terminaron aceptando la propuesta del presidente: cambiar gente con un sistema de cuoteo. Metodología que tampoco es nueva. La actual Corte es fruto de un pacto - muy polémico en su momento- hecho en 1995 entre el entonces presidente Juan Carlos Wasmosy y el líder liberal Domingo Laíno. Aquella corte, bastante equilibrada y de nivel, se fue deteriorando con el fallecimiento de dos magistrados y posteriormente la renuncia de otro. En su reemplazo ingresaron solo colorados³. La partidización del Poder Judicial se intensificó en los últimos años, originando que el Consejo de la Magistratura ya no elija las ternas, sino que apruebe las elaboradas por los partidos políticos.

A diferencia de aquel momento, hoy la ciudadanía está más atenta y también más escéptica. La forma en que surgió y se lleva a cabo el proceso hace suponer que el cambio será de personas y no de estructura.

³ Los doctores Bonifacio Ríos Avalos, Antonio Fretes y Víctor Nuñez.

Suma de complicidades

Nuestra ubicación en el globo terráqueo hace que estos últimos días del año sean difíciles de soportar. Pero más duro de soportar es que el 2003 finaliza sin que se avizore un mejor desempeño de las fuerzas de seguridad y de la misma justicia. La acusación a los ministros llevados a juicio político ha mostrado en forma pública hechos delictuosos –con posibilidad de repetirse– que degradan a la máxima institución jurídica. Estos ilícitos también afectan al Poder Legislativo, que desde la transición sufrió un alto nivel de deterioro. Detrás de las grabaciones clandestinas que esporádicamente son entregadas a la prensa, cuyos protagonistas son jueces o legisladores venales, se ocultan grupos de poder y su análisis se ve dificultado porque, como se señaló en el análisis del año pasado, continúa el “desconocimiento de las formas en las que opera la mafia, de cómo está organizada y cuáles son sus relaciones con quienes manejan las instituciones de la República”. No obstante, existen señales de que se estarían armando dos modelos. En el primero la mafia pone a sus amigos en las instituciones y en el otro sus mismos integrantes ocupan el poder. Obviamente, este proceso necesita de gente y estructuras corruptas para prosperar.

Inseguridad creciente

La falta de una política criminal y de una eficiente acción de las fuerzas de seguridad han generado en la ciudadanía una sensación atemorizante y de desamparo. De 1990 al 2000, los delitos denunciados aumentaron en más del 100%. En Asunción, del total, solo el 5% es denunciado a la Policía Nacional. El 82,3% no confía en las instituciones de seguridad nacional. Existe una sensación de riesgo y éste es real. Pero las acciones destinadas a penalizar los delitos se llevan a cabo sin tocar la estructura delictiva: juicio para los peces pequeños, impunidad para los grandes.

Si bien la pobreza y las desigualdades contribuyen al aumento de los delitos, lo que se ha dado en llamar “criminalización de la pobreza” en la práctica se está utilizando como “criminalización de la protesta”. Ya no es tanto la pobreza lo que se criminaliza, sino la organización y protesta de los pobres. La pobreza no molesta mientras no reclame, y cuando lo hace es necesario desarticularla y deslegitimarla. Las organizaciones campesinas denunciaron que desde 1989 murieron 79 dirigentes. Cada vez más, las manifestaciones son reprimidas y el amedrentamiento y las amenazas a comunidades y organizaciones es moneda común. Se la practica en diferentes lugares del país sin que ninguno de los responsables haya recibido castigo por estos hechos.

Cambios, ¿hasta dónde?

En teoría, cada partido es una bancada. No obstante, en los últimos periodos hemos visto la conformación de “bancaditas”, pequeños grupos que condicionan su apoyo a cambio de prebendas o de venta directa de votos. El fraccionamiento incluso responde más a corrientes internas que a la dirección institucional de los partidos. Nicanor lo sabe. Han resultado evidentes sus dificultades para controlar a su propio partido y sus bancadas. Sus negociaciones deberán ser por partida doble: al interior de la ANR y fuera del oficialismo. Para esto último le bastará con romper uno de los sectores, negociando con individualidades para lograr la aprobación de proyectos. De cara a la historia reciente,

una pregunta queda flotando en el aire: ¿repetirán los parlamentarios los mismos vicios?

Las expectativas del 2003 no se han agotado, como tampoco la confianza en el nuevo gobierno. Una encuesta publicada en el diario Última Hora indica que el 50,3% cree que el desempeño del nuevo Poder Ejecutivo es bueno; el 10,1% cree que es muy bueno; el 29,5%, regular; y el 8% y el 2,2%, respectivamente, cree que es malo y muy malo. El Ejecutivo sigue buscando apoyos, algunos han sido rubricados, pero muchos otros no. La desconfianza persiste. Nicanor lanza señales que no son claros signos de cambio real. Esta es la otra pregunta clave que queda flotando: ¿se adviene un nuevo *gatopardismo* similar al de 1989: cambiar para no cambiar?